

Segundo Domingo de Pascua: JUAN 20,19-31

Fr. Santiago Andrade, ofm

En la oscuridad del alba, María Magdalena se ha dirigido al sepulcro de Jesús y lo ha encontrado abierto y vacío. Sus dos mensajes (20,2.17) han dominado hasta ahora el día de Pascua. Al atardecer de este largo día, el Resucitado se presenta ante sus discípulos. Los encuentra con las puertas cerradas. Están todavía en el sepulcro del miedo; no participan aún de su vida. Jesús comienza entonces demostrándoles que le tienen a él, el Resucitado, vivo en medio de ellos (20,19-20); después les hace partícipes de su misión, de su misma vida y de su mismo poder para perdonar los pecados (20,21-23). En un mundo que les inspira miedo, ellos tienen junto a sí al vencedor del mundo (16,33) y se ven llenos de su paz y de su alegría. Jesús les abre las puertas y les capacita para entrar en este mundo y llevar a él sus dones. Los discípulos no deben cerrarse en el miedo ante el mundo; deben, por el contrario, entrar en él llenos de confianza.

El don fundamental del Resucitado es la paz (20,19.21.26). Ya en los discursos de despedida había prometido Jesús a sus discípulos esta paz. El está en condiciones de darla en cuanto que va al Padre (14,27) y en cuanto que vence al mundo (16,33). Ahora ha vencido él realmente a la muerte, manifestación extrema del poder destructivo del mundo, y ha subido realmente al Padre. Ha alcanzado su meta y está vivo en medio de ellos como vencedor. El mismo es el fundamento de su paz. Jesús resucitado no libera a los discípulos de las aflicciones del mundo (16,33), pero les da seguridad, imperturbabilidad y confianza serena. El resucitado no se limita solamente a hablar de la paz, sino que les muestra sus llagas. Los discípulos deben convencerse de que aquel que está vivo ante ellos es el mismo que ha muerto en la cruz; deben reconocer que él ha ido realmente más allá de la muerte, venciénola. Las llagas son también el signo de su inmenso amor, que le ha impulsado a poner en juego la vida. Jesús estará para siempre lleno de amor. El se ha presentado en medio de ellos y está vivo entre ellos. Los discípulos le sienten en su amor ilimitado y sin medida y tienen experiencia de él como vencedor de la muerte y dador de la vida. Cuanto más le comprenden tanto más se convierte para ellos en el fundamento de la paz y en la fuente de la alegría.

¿Cómo pueden llegar a creer en Jesús los hombres a los que él no se ha mostrado directamente como el crucificado resucitado? ¿Puede, tal vez, pretender alguien que se le aparezca el Resucitado? Los discípulos a los que Jesús se ha mostrado y ha enviado (20,19-23) aseguran a Tomás, que estaba ausente: “Hemos visto al Señor” (20,25). Tomás se niega a creer; exige que el Resucitado se le aparezca también a él, como se ha aparecido a los demás discípulos; quiere no sólo ver, sino tocar incluso las llagas del Señor. Jesús accede a esta condición puesta por Tomás y le lleva a la fe, pero llama “bienaventurados” a cuantos creen sin haber visto (20,26-29). Al final, el evangelista resume el objetivo de la obra de Jesús y muestra cuál es el camino de acceso a la fe para cuantos no hayan visto (20,30-31). El Resucitado lleva a Tomás a una profesión de fe como nadie la había hecho antes, pero aclara también que la fe

no puede depender de cosas visibles y extraordinarias. El Resucitado continúa en su empeño a favor de los discípulos, que es lo que ha caracterizado su obra terrena y que es lo que rezumaban los discursos de despedida, igual que la última voluntad expresada por él (19,26-27). Por propia iniciativa va hacia Tomás, que se cierra al testimonio de los discípulos y no ha encontrado todavía el camino de la fe y de la paz pascual. Le hace salir de su aislamiento para que la comunidad de los discípulos llegue a ser una en el gozo pascual. Jesús manifiesta que conoce la condición puesta por Tomás y le pide que actúe en consecuencia. Le muestra los signos de su muerte y de su amor, que prueban que él es al mismo tiempo la fuente de salvación. Para todos los discípulos y para todos los tiempos, estos son los signos distintivos del Señor, que ha dado la vida por los hombres, ha vencido a la muerte y nos ha abierto la posibilidad de la eterna comunión con el Padre. Presentándose una segunda vez a los discípulos, el Resucitado confirma lo que ha hecho la tarde de Pascua. A Tomás, y a cuantos se comportan como él, les dice: “¡No seas incrédulo, sino creyente!” (20,27).

Tomás confiesa en Jesús como nadie lo había hecho hasta entonces: “¡Señor mío y Dios mío!” (20,28). El ha estado en camino más tiempo que los demás, pero ha llegado más cerca de Jesús. Para él, personalmente, Jesús es Señor y Dios. Tomás cree, se somete a Jesús y se fía de él. Con su mensaje pascual, “Hemos visto al Señor” (20,18.25), María Magdalena y los discípulos han profesado creer en Jesús como Señor. Han hecho referencia a la relación que habrá para siempre entre él y ellos: Jesús es el Señor, tiene poder determinante y salvífico; ellos reconocen su voluntad, están a su servicio y se sienten protegidos por su mano poderosa. Esta relación tiene validez definitiva y total, porque este Señor es Dios. Como Jesús ha manifestado en varias ocasiones con la expresión “Yo soy”, es Dios mismo el que en él se acerca a nosotros y por su medio nos da la vida eterna.

Después, Jesús tiende la mirada hacia aquellos que creerán en el futuro. Tomás y los otros discípulos han podido ver al Señor resucitado y han creído en él. Su fe dice relación al hecho de la resurrección, pero todavía más al hecho de que Jesús es su Señor y su Dios. La experiencia que ellos han tenido del Señor resucitado ha constituido el impulso para esta fe suya. Jesús no conducirá ya más a la fe por este camino; él llama bienaventurados a cuantos no vean y, sin embargo, crean. El testimonio de los discípulos, dado bajo la fuerza del Espíritu Santo (15,26-27), será un impulso para creer. Todo lo que Jesús ha realizado ante los ojos de sus discípulos, revelándoles su gloria, y todo lo que ellos han testimoniado constituye el argumento de lo que el evangelista ha escrito en su obra. Todo esto quiere llevar a ese creer preciso y personal: Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. La fe nos une a él y, por medio de él, que es el Hijo, somos acogidos en la comunión con Dios Padre. Esta es la vida eterna. Desde el rechazo a creer (20,25) hasta el fruto de la fe (20,31), todo concierne a la fe en Jesús, Hijo de Dios. Todo depende de esta fe, que es la única que abre el acceso a la vida. Buen Domingo y una muy buena semana.